



Annie Marquier

La libertad de ser

El camino hacia la plenitud



Luciérnaga

Annie Marquier

La libertad de ser

El camino hacia la plenitud



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La liberté d'être*

© Les Éditions Valinor, Institut du Développement de la Personne, Annie Marquier, Véronique Dumont – Quebec, Canadá (1)(450) 242-1961 – www.idp.qc.ca – info@idp.qc.ca.

© Les Éditions Universelles du Verseau

© de la traducción: Berta Sanz Cuñat

© de la foto de cubierta: Shutterstock / Feodora_21

© de la fotografía de la autora: Nancy Lessard

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: junio de 2000

Primera edición en este formato: enero de 2017

Segunda impresión: junio de 2017

Tercera impresión: marzo de 2019

Cuarta impresión: junio de 2020

Quinta impresión: noviembre de 2022

Sexta impresión: agosto de 2023

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2024

© Edicions 62, S.A, 2024

Edicions Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19996-54-1

Depósito legal: B. 8.493-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



1. Un modelo de la estructura del ser humano

En todo proceso de investigación científica se parte de un modelo teórico, un modelo que debe dar una descripción satisfactoria de la realidad observada; la ciencia se apoya sobre un modelo para hacer un estudio de los fenómenos y adquirir mayor dominio sobre ellos. Cuando la experiencia ha demostrado su validez, se puede mejorar con observaciones posteriores, se puede ampliar para hacer de él un modelo más representativo de la realidad. Ése es el proceso natural de cualquier investigación en todos los campos del conocimiento humano. Aplicaremos ese mismo principio al estudio de los fenómenos de la conciencia que aquí presentamos.

1. *Un modelo de la constitución del ser humano*

En primer lugar, he aquí un modelo sencillo que ya propuse en mi obra anterior,¹ en gran medida reconocido y fácil de utilizar. Evidente, si nos referimos a la historia de la humanidad según la ciencia esotérica y, además, coherente con los descubrimientos más recientes efectuados en psicología holística y transpersonal; totalmente coherente, además, con las observaciones que he realizado en miles de personas en la práctica de mi profesión. Lo recordaremos aquí brevemente, iluminándolo desde el punto de vista concreto de este libro.

1. *El poder de elegir*, Ediciones Luciérnaga, Barcelona, 1996.

Según ese modelo, el ser humano está constituido esencialmente por una consciencia superior, denominada de forma distinta según las tradiciones: Yo superior, Ángel solar, Ser espiritual, Ángel de la presencia, Cristo interior, Ego (con E mayúscula), Espíritu, dios interior, Atman, etc. A esa esencia del ser humano lo llamaremos aquí Ser o alma. Es la expresión directa de una consciencia muy elevada, de una consciencia que podríamos calificar como «divina» para expresar, entre otros, el hecho de que es portadora de las cualidades más hermosas y más grandes que el ser humano pueda imaginar. No es posible describir verbalmente esa esencia, pues está muy por encima de la consciencia mental que utiliza las palabras. Pero el ser humano es capaz de presentir su realidad en cuanto se desarrolla un poco en su interior; y puede llegar a experimentarla de modo directo y claro en una etapa posterior. Consideraremos aquí que el ser humano es esencialmente ese Ser, esa alma.²

El Ser existe en un nivel vibratorio más elevado que el de los tres mundos (físico, emocional y mental), y, para expresar su voluntad en los tres niveles inferiores, necesita un instrumento. Ese instrumento es lo que nosotros conocemos como forma humana, constituida por un cuerpo físico-etérico,³ un sistema emocional y un sistema mental. A ese instrumento lo llamaremos personalidad o ego, los dos términos serán utilizados indistintamente en esta obra, puesto que representan lo mismo.

Consideramos pues que, intrínsecamente, el ser humano es un alma que posee un instrumento (el ego) que debe permitirle expresarse en los tres mundos. Podríamos comparar el Ser con un violinista que necesita un violín (la personalidad) para expresar de modo concreto la belleza de la música que lleva en sí.

2. A lo largo del libro utilizaré los términos *Ser* o *alma* indistintamente, puesto que representan la misma realidad. Quiero subrayar, además, que utilizo el término «alma» sin ninguna connotación religiosa. Significará aquí esencia, como cuando se habla del «alma de cualquier cosa».

3. Al cuerpo etérico también se le llama cuerpo vital en algunas enseñanzas. Es el doble energético del cuerpo físico que, sin él, no sería más que un amasijo de materia sin energía, sin consciencia y sin vida. Es en ese cuerpo en el que trabaja, por ejemplo, la acupuntura.

Podemos considerar que, en cuanto al Ser, el ser humano es perfecto. La finalidad del proceso de la evolución, y, por lo tanto, la finalidad de nuestra existencia en la Tierra, no es adquirir una perfección que ya existe, sino más bien construir un instrumento (personalidad, ego) que sea totalmente dócil y receptivo a la energía y a la voluntad del alma, de modo que ésta pueda expresar directa y concretamente en el mundo su perfección. Cuando se haya alcanzado el objetivo, nuestros tres cuerpos (físico, emocional y mental) serán la expresión directa de la perfección, de la belleza, de la inteligencia, del amor, de la potencia; en una palabra, de todas las cualidades «divinas» del Ser. Entonces estaremos en condiciones de crear en la Tierra un mundo de paz, de belleza y de amor para nosotros mismos y para los demás (el «reino de Dios»).

En cuanto al instrumento, hay que decir que, actualmente, todavía está en construcción, aún no se ha alcanzado el objetivo de lo que se llama generalmente el proceso de «evolución». Por eso, si bien todo ser humano es perfecto en su esencia, es decir, con respecto al Ser, esa perfección todavía no se manifiesta de un modo concreto en la Tierra, ni muchísimo menos. En lugar de la paz del Ser hay guerra, en vez de amor hay miedo y odio, en lugar de alegría tenemos tribulaciones, en vez del conocimiento vivimos en la ignorancia; la belleza está escondida tras la falta de armonía, el respeto está barrido por la manipulación, la felicidad desaparece bajo el sufrimiento, en lugar de libertad y dominio tenemos impotencia y limitaciones...

Si tomamos de nuevo la analogía del músico y de su instrumento, el Ser es un violinista genial, inspiradísimo y de un talento extraordinario. El ego es un violín todavía en construcción: la caja no está terminada del todo, el sistema de claves todavía no está a punto. Por genial que sea el violinista, todavía no puede tocar una hermosa melodía. Por perfecto que sea nuestro Ser, aún no puede expresar su belleza, ni su riqueza, ni su potencia en este mundo.

La estructura actual del ser humano, en particular la de su

*personalidad (el estado del violín), es el resultado de un proceso complejo que llamamos involución-evolución.*⁴

En la actualidad, estamos desarrollándolo. El violín no está terminado; es decir, nuestra personalidad todavía no está a punto. Si nuestros comportamientos no están aún impregnados de sabiduría, de amor, de serenidad y de inteligencia, no es porque seamos malos o incapaces. Es sencillamente porque, en lo que se refiere a la personalidad, estamos todavía en construcción, no estamos terminados... Se acabó lo de culpabilizarnos por no ser santos; nadie tiene que culpabilizarse por eso. Basta darse cuenta de esa realidad y no estar resentido contra el violín porque no funciona bien, ni exigir que toque como el del vecino; hemos de asumir la responsabilidad de nuestro propio instrumento, y continuar construyéndolo y perfeccionándolo para poder extraer de él las melodías más hermosas, expresión del genio del artista que somos todos en esencia.

2. Dificultades procedentes de la personalidad inacabada: Analogía del carruaje

Para tener una idea general del funcionamiento del ser humano y del origen de sus dificultades, recordemos brevemente una analogía de la estructura humana extraída de las tradiciones orientales,⁵ que compara el ser humano con un conjunto formado por un carruaje, un caballo que tira de él, un cochero que dirige el caballo y el dueño, sentado en el carruaje, detrás del cochero. El conjunto avanza por un camino.

El carruaje representa el cuerpo físico; el caballo, el cuerpo emocional; el cochero, el cuerpo mental; y el amo, el Ser o el alma. El camino es el símbolo del gran viaje del Ser en el mundo de la materia para experimentarla y dominarla gracias a una personalidad bien coordinada.

4. Describiré ese proceso con mayor amplitud en el capítulo 3.

5. Analogía utilizada en mi obra precedente. (Op. cit., pág. 23.)

Para avanzar eficazmente a lo largo del camino, es necesario tener un carruaje en buen estado, es decir, un cuerpo físico sano, en especial un sistema nervioso y un cerebro al máximo de su rendimiento físico.

Es también necesario tener un buen caballo; cuanto más fuerte sea, tanto más aprisa se avanza y más posibilidades se tienen de descubrimientos y experiencias. Eso significa que es bueno tener un sistema emocional fuerte. Pero un caballo muy vigoroso debe ser bien dirigido, de lo contrario puede desbocarse y correr hacia cualquier sitio de forma totalmente inadecuada. Si esto llega a ocurrir, acaba uno en la cuneta con un carruaje (el cuerpo físico) deteriorado. Es lo que pasa cuando dejamos que sean nuestras emociones las que dirijan nuestra vida. Sin embargo, el caballo es necesario para tirar del carruaje; pero debe hacerlo con eficacia. El buen estado del cuerpo físico depende mucho del número de veces que el cochero (el cuerpo mental) ha sido incapaz de controlar al caballo, y éste se ha desbocado y el conjunto ha ido a parar a la cuneta, rompiendo así el carruaje. Sabemos que el estado de nuestro cuerpo físico depende mucho de nuestras emociones.

En principio, el cochero debería dirigir el caballo con inteligencia, y utilizar toda su potencia con sabiduría. El papel del caballo (las emociones) consiste, pues, en proporcionar la energía que hace avanzar las cosas en el mundo material; el del cochero (el cuerpo mental), en dirigir esa energía con sabiduría. Pero el cochero no conoce el camino. Por eso debe escuchar las directrices procedentes del Ser (el amo sentado en el carruaje) y ejecutarlas fielmente. Para que el viaje resulte interesante y armonioso, el conjunto debe estar dirigido por el dueño que, sólo él, tiene conocimiento exacto de la realidad en cada instante.

Así pues, para que la parte mental del ser humano realice su función plenamente necesita, por un lado, desarrollar su capacidad de estar en relación directa y consciente con el alma, a fin de recibir de ella claramente las directrices; y, por otro, conocer la naturaleza emocional para seguir llevando el control cuando ésta se desboca; y, además, ha de ser capaz de dirigir con sabiduría la energía que representa. Debe igualmente saber cuidar del

carruaje de manera inteligente y eficaz. Cuando tiene lugar ese funcionamiento ideal de la mente, tenemos una personalidad (conjunto físico, emocional y mental) totalmente al servicio del amo. Entonces el Ser puede manifestarse en el mundo físico en toda su plenitud, es decir, puede manifestar todas sus cualidades. Pero todavía no hemos llegado ahí.

3. *Las dos partes de la mente*

Para comprender nuestra situación actual, debemos examinar con mayor precisión cómo funciona el cochero. En realidad, es un doble personaje. Según las enseñanzas esotéricas, confirmadas por mis observaciones prácticas, se puede considerar que el cuerpo mental está constituido por dos partes:

La primera, que llamaremos mente inferior, es intrínseca a la personalidad, y, en la época actual, todavía sigue íntimamente ligada al mecanismo emocional. No dispone del conocimiento. Funciona como una máquina, a partir de automatismos procedentes del pasado. Está muy activa en la consciencia colectiva actual; demasiado activa, en realidad. Al conjunto formado por el cuerpo físico y la mente inferior lo llamaremos ego o personalidad.

La segunda parte, que llamaremos mente superior,⁶ está en contacto directo con el Ser; es el vínculo entre el alma y la personalidad, y, debido a su contacto con la sabiduría del Ser, tiene a su alcance el conocimiento. Cuando la mente superior está activa y la inferior está silenciosa y receptiva, todo va bien: la personalidad se deja guiar por la energía del Ser, manifestando en el mundo lo mejor de sí misma. La vida resulta muy satisfactoria.

6. Las denominaciones «inferior» o «superior» no significan que una parte sea mejor que la otra. Las dos tienen su papel en la dinámica humana. Esos adjetivos provienen sencillamente del hecho de que la frecuencia vibratoria de la mente superior (llamada también mente abstracta en algunas tradiciones) es más elevada que la de la mente inferior (llamada también mente concreta, o mente automática). En los capítulos 4 y 8 se describirán con mayor precisión las diferencias que existen entre las funciones de ambas partes.

La analogía del carruaje permite comprender el importante papel que desempeña la mente en la buena marcha de la máquina humana, porque la calidad de nuestra vida depende de qué parte de la mente la dirija. Si es la mente inferior, estamos aprisionados por los mecanismos de la personalidad, y eso entraña muchas limitaciones, como veremos más adelante. Si es la mente superior, entonces estamos en contacto con la sabiduría del Ser, y las consecuencias son por completo distintas. Así pues, trabajaremos fundamentalmente sobre ese aspecto, pues de la mente depende el funcionamiento de los cuerpos emocional y físico, y, por lo tanto, el de toda la personalidad. Si bien es cierto que los cuerpos físico y emocional tienen sus propias leyes de funcionamiento, el papel de la mente es precisamente dirigir de una manera eficaz y armoniosa esos mecanismos siguiendo la voluntad del Ser.

Lo que se aspira a conseguir tras una experiencia de transformación interior es que sea la mente superior la que dirija la personalidad y no la mente inferior; el proceso consiste en hacer que la consciencia deje de identificarse con la personalidad a través de la mente inferior, para pasar a identificarse con el alma a través de la mente superior. Es decir, cuando la consciencia deja de identificarse con el ego para identificarse con el Ser, tiene lugar lo que llamamos una transformación interior; podríamos decir que eso es lo que la define.

Como veremos más adelante, cuando la consciencia está identificada con el ego a través de la mente inferior, se tiene una percepción inadecuada de la realidad; se vive en la ignorancia, y se depende de unos automatismos que proceden del pasado; la experiencia de la vida es difícil y limitadora tanto para uno mismo como para los demás. Cuando la consciencia se identifica con el Ser a través de la mente superior, se tiene en cada instante el conocimiento justo, la experiencia del mundo es dichosa, y se tiene dominio y libertad. El comportamiento del ser humano y la calidad de su experiencia de la vida dependen directamente de con cuál de los dos aspectos identifica su consciencia.

4. *Identificación de la consciencia con el ego o con el Ser*

El trabajo que hay que realizar para que la consciencia deje de identificarse con el ego constituye lo esencial del proceso de transformación. Mientras la consciencia se identifique con él, no podremos vivir en paz y armonía. Pero ¿por qué es tan difícil dejar de identificarse con el ego? Hemos de saber que, para que el ego pudiera construirse, la consciencia tuvo que identificarse con él en un principio; es importante conocer ese proceso para comprender el proceso contrario, que llevará a la persona a encontrar de nuevo la libertad. Para aclararlo, podríamos tomar de nuevo la analogía del músico.

Estamos en la situación del violinista que, durante mucho tiempo, ha tenido que trabajar en la construcción de su violín, concentrando toda su atención en ese trabajo. Durante miles de años, ha hecho lo que tenía que hacer: construir su violín. Pero, como el violín no era perfecto, no podía interpretar ninguna melodía, o lo hacía de forma muy tosca (durante mucho tiempo el ser humano no ha podido expresar la grandeza y el poder de su alma). En la actualidad se ha llegado al punto en el que el violinista aspira a algo más que a construir su violín. Lo que ocurre es que, a fuerza de no ocuparse más que de eso, se ha convertido casi en exclusiva en un técnico. Ha olvidado su objetivo, que era interpretar melodías, y casi ha olvidado también su habilidad como intérprete. Ésa es la razón de su insatisfacción actual. Ahora quiere tocar el violín, porque siente que su instrumento está a punto; pero, para ello, tiene que dejar de prestar tanta atención al instrumento y concentrarse en la interpretación. Es todo un cambio de actitud y de valores, es decir, la consciencia debe desplazar su zona de identificación. Sería un error que menospreciáramos el violín porque nos ha hecho olvidar que éramos esencialmente músicos (es el caso de los que se plantean la búsqueda espiritual como una huida del mundo, negándose así a aportar aquí abajo la riqueza de su música). También sería un error que siguiéramos ocupados sólo en la construcción del violín, bien por

costumbre, bien por falsa seguridad, negándonos así a reconocer que somos ante todo músicos (es el caso de los que se quedan anclados en el mundo materialista, identificados con su personalidad y rechazando la realidad del alma).

Que la consciencia se identificara con el ego, en una primera etapa, para que éste pudiera construirse entra en el orden natural de las cosas. Durante la construcción, en ausencia de la sabiduría del Ser, el ego desarrolló un mecanismo de funcionamiento, la mente inferior, que puede actuar con independencia de la voluntad del alma. La vida del ser humano ha estado dirigida durante miles de años por la mente inferior y, aunque ha supuesto mucho sufrimiento, durante algún tiempo ha sido lo apropiado. Así era como tenía que ser.

En la actualidad son ya muchos los seres que tienen una personalidad bien construida. Su consciencia desea ardientemente liberarse de la influencia del mecanismo inferior. Han llegado los tiempos en los que la identificación con el mecanismo del ego no sólo ya no es adecuado, sino que se ha convertido en fuente de limitaciones y de sufrimientos. Lo que fue una ayuda durante algún tiempo, ahora se ha convertido en un obstáculo.

En la actualidad hay muchos seres humanos que todavía se identifican con el ego; unos pocos, con el Ser. Entre ambos, toda la gama posible, dependiendo del grado de evolución de cada persona. Por eso encontramos en el seno de la humanidad conductas tan opuestas y comportamientos contradictorios: por un lado, una capacidad destructora y generadora de sufrimiento; por otro, un potencial de belleza, de creatividad, de sabiduría y de amor puro. Están en acción dos dinámicas diferentes, que dependen, como se ha dicho antes, de que el ser humano identifique su consciencia con el ego o con el Ser.

5. Las aparentes contradicciones en el proceso de la evolución y en el objetivo a alcanzar

En el seno de las tradiciones espirituales parece haber ciertas contradicciones que con frecuencia desconciertan al que quiere

entrar en un camino interior. Pero las contradicciones no existen realmente; lo único que existe es falta de perspectiva. La que hemos adoptado en esta obra permite reconciliar dos puntos de vista que a menudo han sido contrapuestos.

Según el primero, el mundo es sólo una ilusión y lo mejor que uno puede hacer es salir de él lo más pronto posible mediante el desprendimiento, la liberación de los deseos terrenales y la negación de la identidad del ego, alcanzando así un estado de gracia que no tiene nada que ver con lo que pasa en la Tierra. No hay necesidad de «evolucionar» puesto que ya somos perfectos, de modo que se puede alcanzar la gran liberación.

Según el segundo punto de vista, estamos en la Tierra para evolucionar y, si trabajamos con rigor y asiduidad sobre nosotros mismos, alcanzaremos algún día la perfección. Ambos enfoques dicen lo mismo, sólo que lo expresan de forma distinta.

Es cierto que nuestra alma es perfecta y, como no existe la separatividad tal como la entiende la consciencia ordinaria, tampoco hay identidad. Tenemos marcado un objetivo: liberarnos de la prisión de la personalidad y poner de manifiesto la divinidad que hay en nosotros, la que somos realmente.

Pero ¿por qué estamos aprisionados en la personalidad? ¿Fue un error de la Naturaleza haber caído en esa trampa, o fue nuestro el error? ¿Hemos de salir de él cuanto antes, rechazando y despreciando todo lo relacionado con este bajo mundo? O, según otra tradición que nos resulta familiar, si el ser humano ha caído en la trampa, ¿es porque, siendo estúpido y malo, ha pecado? Y, en definitiva, ¿qué quiere decir pecar?⁷

Es cierto que liberarse de la influencia de este mundo es esencial en el proceso de transformación. Pero la liberación no consiste en huir de él, sino en adquirir sobre él dominio y maestría. De ahí procede parte de la confusión.

Los dos enfoques tienen ventajas, y ambos encierran algunas trampas. Según el primero, la consciencia no se identifica con los deseos de la personalidad, puesto que intenta aniquilarlos. Eso es una ventaja, ya que facilita, en cierta medida, el pro-

7. Véase la nota 8 del capítulo 3.

ceso por el que la consciencia deja de identificarse con el ego. Pero encierra una trampa: la de deslizarse hacia un retiro seudoespiritual que bloquee de hecho el verdadero proceso de aprendizaje. Huir de este mundo para ir a experimentar una especie de nirvana es una ofensa a la ley del amor. Porque el amor lleva a la unión con todo el Universo, con este bajo mundo y con todos los seres que lo habitan; separarse de ellos, abandonándolos a su triste suerte, no encaja en la ley del amor. La confusión se debe a que el ego se ha apoderado de esa tradición espiritual para sacarle partido, evitando que la persona realice un auténtico trabajo de desidentificación, y así seguir él al frente. La trampa no procede del enfoque en sí mismo, sino del ego.

El segundo enfoque favorece la flexibilización de la personalidad, haciéndola así más receptiva a las energías del alma y más transparente a la expresión de la divinidad en la materia, lo cual es una ventaja. Pero, como pone el énfasis en la personalidad, la consciencia sigue identificándose con el ego, que es justo de lo que se ha de liberar. He ahí la trampa.

Los dos enfoques convergen si se comprende el proceso de la evolución de forma global. La identificación con la personalidad no fue un error; fue necesaria durante miles de años para que tuviera lugar la construcción del instrumento físico, emocional y mental, para que Dios pudiera manifestarse en el mundo uniendo el espíritu con la materia. Ahora el instrumento está ya suficientemente construido. Sólo falta liberar la consciencia de la influencia de la materia, es decir, de la separatividad, de la identidad con el ego, para dar al Ser el control del instrumento. Así pues, negar el ego no es malo; sólo hay que adoptar la perspectiva adecuada.

Podríamos aclarar esto comparando el proceso a un viaje. Un buen día abandonamos nuestro país y nos vamos al extranjero a fin de aprender a cultivar unos frutos que sólo existen allí, pues nos gustaría producirlos en nuestra patria. Y llegamos a un país en el que las condiciones de vida son más bien difíciles. Nos ponemos a trabajar con los campesinos del lugar para adquirir los conocimientos necesarios. Trabajamos tan intensamente y durante tanto tiempo que acabamos por olvidar nuestro país de

origen y el objetivo de nuestro viaje. Cultivamos aquellos frutos porque todo el mundo lo hace, así de simple, y porque, desde hace mucho tiempo, «¡la vida es así!». Pero estamos profundamente insatisfechos, nos falta algo. En realidad, hemos olvidado el doble objetivo de nuestro viaje: aprender a cultivar los frutos de aquel país (el dominio de los tres mundos); y, una vez realizado el aprendizaje, volver a nuestra patria con ese conocimiento (manifestación de la esencia divina en los tres mundos).

La primera tradición espiritual de la que hemos hablado nos dice: «No os ocupéis más de esos frutos; intentad volver a vuestra patria lo más pronto posible. Ése no es vuestro país. ¡Vosotros venís de otro lugar!». E intentamos marcharnos sin acabar nuestro aprendizaje. Si volvemos a nuestro país sin los conocimientos suficientes, tendremos que regresar para completar nuestro aprendizaje (adquisición del dominio de los tres mundos)... El segundo enfoque nos dice: «Aprended a cultivar esos frutos, es el objetivo de vuestro viaje». Pero olvida recordarnos que debemos llevar ese conocimiento a nuestro país de origen, que no debemos quedarnos en el extranjero para siempre. No nos lo recuerda porque no le interesa, porque las fuerzas materialistas que nos han empujado a venir aquí, ahora no quieren dejarnos partir: perderían a sus operarios... Y nos quedamos aprisionados aquí, cultivando sin parar, y preguntándonos para qué sirve, en definitiva, esta vida. Hemos caído en la trampa, hemos olvidado que teníamos que volver a casa.

En la actualidad son muchas las personas que están preparadas para actuar mediante el alma, pero aún subsisten los viejos mecanismos de la consciencia, lo que hace que interfieran dos dinámicas distintas según las circunstancias. Pero llega un momento en el que hay que elegir: o bien dejar que la consciencia continúe identificándose con los mecanismos del ego, soportando las consecuencias más bien penosas que describiremos en el capítulo siguiente, o bien desplazar la consciencia hacia la realidad del alma mediante un trabajo interior consciente, descubriendo así nuestra verdadera naturaleza, el sentido profundo de nuestra vida, la alegría y la libertad (volver a casa llevando a nuestra alma los frutos del dominio de los tres mundos).

¿Qué hemos de hacer para que la personalidad quede definitivamente construida y sea receptiva a la voluntad del alma? He aquí cuatro puntos fundamentales que iremos profundizando a lo largo del libro:

- 1) Tomar consciencia de la situación actual de nuestro instrumento: de sus mecanismos, de su composición y de su funcionamiento; reconocer que no somos el instrumento, pero que tenemos la responsabilidad de su construcción; conocer los mecanismos conscientes e inconscientes de la personalidad, y, con ayuda de ese conocimiento, empezar a dejar de identificarnos con el instrumento (el ego).
- 2) Tomar consciencia de las mejoras y reparaciones que hay que efectuar en la estructura actual, a fin de que el instrumento resulte más adecuado para la manifestación de las cualidades del Ser (sanación, liberación del dominio del pasado).
- 3) Reconocer la necesidad de desarrollar la parte superior del ser humano a fin de activar todo el potencial del instrumento (desarrollo de la mente superior, de la inteligencia, del corazón y de todas las cualidades del Ser).
- 4) Profundizar el contacto directo con el Ser; identificar cada vez más la consciencia con el alma. Y... estar preparado para una gran aventura interior, exigente, por supuesto, pero inmensamente rica, con la riqueza que nos dará haber encontrado la libertad.

A lo largo de la primera parte, examinaremos de cerca los mecanismos de la personalidad, así como su origen. En otras palabras, *examinaremos el estado del violín, su funcionamiento, sus límites, y veremos qué clase de música se puede interpretar con él en su estado actual*. Para ello, veremos en primer lugar lo que ocurre en concreto cada día cuando la personalidad está gobernada por la mente inferior. Es el tema que trataremos en el capítulo siguiente.